

de la señora del castillo Don Quixote y Sancho sobre Rocinante y el rucio se partiéron.

CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado Don Quixote del Lugar de Don Diego, quando encontró con dos como clérigos, ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre quatro bestias asnales venian caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo en un lienzo de bocaci verde envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate, el otro no traia otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande donde las habian comprado, y las llevaban á su aldea: y así estudiantes como labradores cayéron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á Don Quixote, y morian por saber, que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros

hombres. Saludóles Don Quixote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el passo, porque caminaban mas sus pollinas que su caballo, y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles que se llamaba de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo, *el Caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego, ó en gerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebre de Don Quixote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dixo: si Vuesa Merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, Vuesa Merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y mas ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quixote, si eran de algún Príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labra-

dor y una labradora : él el mas rico de toda esta tierra , y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer , es extraordinario y nuevo , porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia , á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa , y el desposado se llama Camacho el rico , ella de edad de diez y ocho años , y él de veinte y dos : ámbos para en uno , aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linages de todo el mundo , quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho ; pero ya no se mira en esto , que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal , y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba , de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo , si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene así mesmo maheridas danzas , así de espadas , como de cascabel menudo , que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo : de zapateadores no digo nada , que es un juicio los que tiene muñidos ; pero ninguna de las cosas referidas , ni otras muchas que he dexado de referir , ha de hacer

mas memorables estas bodas , sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mesmo Lugar de Quiteria , el qual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quiteria , de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe , porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años , y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores , tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad , y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia , y por quitarse de andar rezeloso y lleno de sospechas , ordenó de casar á su hija con el rico Camacho , no pareciéndole ser bien casarla con Basilio , que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza : pues si va á decir las verdades sin invidia , él es el mas ágil mancebo que conocemos , gran tirador de barra , luchador extremado y gran jugador de pelora : corre como un gamo , salta mas que una cabra , y birla á los bolos como por encantamento : canta como una calandria , y toca una guitarra que la

hace hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esa sola gracia, dixo á esta sazón Don Quixote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma Reyna Ginebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. A mi muger con eso, dixo Sancho Panza, que hasta entónces habia ido callando y escuchando, la qual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es, que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dixo Don Quixote, quitariase la elecion y jurisdiccion á los padres de casar sus hijos con quien y quando deben: y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos

del entendimiento tan necesarios para escoger estado: y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del Cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, ántes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por que no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propia muger no es mercadería que una vez comprada se vuelve, ó se trueca, ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatárle. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda mas que decir al señor Licenciado acerca de la historia de Basilio. Á lo que respondió el estudiante, Bachiller, ó Licenciado como le llamó Don Quixote, que de todo no le quedaba mas que decir, sino que des-

de el punto que Basilio supo, que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto: mira de quando en quando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos, que el dar él sí mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol, todo á un mesmo punto: tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado nin clavo á la rodaja de la for-

tuna? No por cierto; y entre el sí y el no de la muger no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria: dénme á mí que Quiteria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura, que el amor, segun yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. ¿Adonde vas á parar, Sancho? que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mesmo Júdas que te lleve. Dime, animal, ¿que sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? Ó, pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que Vuesa Merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dixo Don Quixote, que no friscal, previcador del buen language, que Dios te confunda. No se apunte Vuesa Merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni estudia-

do en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocábulos. Si que, válgame Dios, no hay para que obligar al sayagües á que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el ayre en esto del hablar polido. Así es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las tenerías y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dixen discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Cánones en Salamanca; y picome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. Si no os picárades mas de saber mas menear las negras que llevais que la lengua, dixo el otro estudiante, vos llevarades el primero en licencias, como llevarades cola. Mirad, Bachiller, respondió el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana. Para

mí no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo, y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de hacer os ver estrellas á medio día con mi destreza moderna y zafia, en quien espero despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra. En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podria ser que en la parte donde la vez primera clavádes el pie, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedádes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo. No ha de ser así, dixo á este instante Don Quixote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima y el juez desta muchas veces no averiguada question: y apeándose de Rocinante, y

asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, á tiempo que ya el Licenciado con gentil donayre de cuerpo y compas de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento sin apearse de sus pollinas, sirviéron de aspetadores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibaxos, reverses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, mas espesas que hígado, y mas menudas que granizo. Arremetia como un leon irriado, pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente el Licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciéndole tiras los faldamentos como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el ayre con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió despues

por testimonio, que la alongó de sí casi tres quartos de legua, el qual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dixo: mia fe, señor Bachiller, si Vuesa Merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiarse á nadie á esgrimir, sino á luchar, ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destes á quien llaman diestros, he oido decir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan léjos estaba: y levantándose, abrazó al Licenciado y quedaron mas amigos que de ántes, y no quisieron esperar al escribano, que habia ido por la espada, por parecerles que tardaria mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el Licenciado las excelencias de la espada con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y

Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero ántes que llegasen les pareció á todos, que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyéron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas, y quando llegaron cerca viéron que los árboles de una enramada, que á mano habían puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendía el viento, que entónces no soplabá, sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos baylando y otros cantando y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas, que se habían de hacer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho, y las exéquias de Basilio. No quiso entrar en

el Lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, así el labrador, como el Bachiller; pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debaxo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo, ó casa de Don Diego.

CAPÍTULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

Apénas la blanca Aurora había dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enxugase, quando Don Quixote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba: lo qual visto por Don Quixote, ántes que le despertase le dixo: ó tú bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia, ni ser envidiado, duermes con cosegado es-

píritu: ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus descos no se extienden á mas que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. Á todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto, si Don Quixote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y pere-zoso, y volviendo el rostro á todas partes, dixo: de la parte desta enramada, si

no me engaño, sale un tufo y olor hartomas de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, gloton, dixo Don Quixote: ven irémos á ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho: no fuera el pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay mas sino no tener un cuarto, y querer casarse por la nubes? Á la fe, señor, yo soy de parecer, que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo, que puede Camacho envolver en reales á Basilio: y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre ⁷ una gentil treta de espada no dan un quartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos; pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un

buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo á esta sazón Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí, que si te dexasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer, ni para dormir, que todo lo gastarías en hablar. Si Vuesa Merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que esta última vez saliésemos de casa⁸: uno dellos fué, que me habia de dexar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el próximo, ni contra la autoridad de Vuesa Merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quixote, del tal capítulo, y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la

enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho, fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar, ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: así embebían y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número: los páxaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el ayre los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos y enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceyte mayores que las de un tinte, servían de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullían en otra caldera de preparada miel,

que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servían de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico; pero tan abundante, que podía sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba y de todo se aficionaba. Primero le cautiváron y rindiéron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero: luego le aficionáron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sarten, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas, y así sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con cortesés y hambrientas razones le rogó le dexase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. Á lo que el cocinero respondió: hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y

mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cocinero, ¡pecador de mí, y que melindroso y para poco debeis de ser! y diciendo esto, asió de un caldero, y encaxándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dixo á Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dixo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba Don Quixote mirando, como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiestas, los cuales en concertado tropel corriéron, no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita, diciendo: vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: bien parece que estos no han vis-

to á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las quales venia una de espadas de hasta veinte y quatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda: y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas, si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora 9, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos, y luego comenzó á enredarse con los demas compañeros, con tantas vueltas y con ¹⁰ tanta destreza, que aunque Don Quixote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxaba de catorce, ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmita verde, los cabellos, parte trezados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los quales traian guirnaldas de jaz-

mines, rosas, amaranto y madre selva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona; pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Haciales el son una gayta zamorana, y ellas llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los pies á la ligereza, se mostraban las mejores bayladoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho Ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guia el dios Cupido y de la otra el Interes, aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas, este vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las Ninfas que al Amor seguian traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesia* era el título de la primera: el de la segunda *Discrecion*: el de la tercera *Buen linage*: el de la quarta *Valentia*. Del modo mesmo venian señaladas las que al Interes seguian. Decia *Liberalidad* el título de la primera: *Dádiva* el de la segunda: *Tesoro* el de la tercera, y el de la quarta *Posesion pacífica*. Delante de todos venia un castillo de madera, á quien tiraban quatro salvages, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde tan natural, que

por poco espantaran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas quatro partes de sus quadros traia escrito: *Castillo del buen recato*. Hacianles el son quatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella, que se ponía entre las almenas del castillo, á la qual desta suerte dixo:

*Yo soy el dios poderoso
en el ayre y en la tierra,
y en el ancho mar undoso,
y en quanto el abismo encierra
en su baratro espantoso.*

*Nunca conocí que es miedo,
todo quanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible,
mando, quito, pongo y vedo.*

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interes, y hizo otras dos mudanzas: calláron los tamborinos, y él dixo:

*Soy quien puede mas que Amor,
y es Amor el que me guía,
soy de la estirpe mejor,
que el Cielo en la tierra cria
mas conocida y mayor.*

*Soy el Interes, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro,
y qual soy te me consagro,
por siempre jamas amen.*

Retiróse el Interes, y hizóse adelante la Poesía, la qual despues de haber hecho sus mudanzas como los demas, puestos los ojos en la doncella del castillo, dixo:

*En dulcísimos concetos
la dulcísima Poesía,
altos graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.*

*Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna
de otras muchas irredimida,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.*

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas, dixo:

*Lllaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad
y del contrario, que arguye
tibia y floxa voluntad.*

*Mas yo por te engrandecer,
de hoy mas pródiga he de ser,
que aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.*

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos esquadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dixo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donayre y desenvoltura: y quando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interes quebraba en él alcancías doradas. Finalmente despues de haber baylado un buen espacio, el Interes sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencaxaron las tablas y se cayéron, dexando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interes con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo qual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan

de quitársela, y todas las demostraciones que hacian, eran al son de los tamborinos, baylando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza volviéron á armar y á encaxar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó Don Quixote á una de las Ninfas, que quien la habia compuesto y ordenado. Respondióle, que un Beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dixo Don Quixote, que debe de ser mas amigo de Camacho, que de Basilio el tal Bachiller ó Beneficiado, y que debe de tener mas de satírico que de vísperas: bien ha encaxado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dixo: el Rey es mi gallo, á Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé, que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma, como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñóle el

caldero lleno de gansos y de gallinas: y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donayre y gana, y dixo: á la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener, aunque ella al del tener se atenia: y el día de hoy, mi señor Don Quixote, ántes se toma el pulso al haber, que al saber: un asno cubierto de oro, parece mejor, que un caballo enalbardado. Así que vuelvo á decir, que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos, y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dixo Don Quixote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que Vuesa Merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó Don Quixote, que yo te vea muerto ántes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que Vuesa Merced se muera, estaré yo mascando barro, y entónces podrá ser, que esté tan

mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo ménos hasta el día del juicio. Aunque eso así suceda, ó Sancho, respondió Don Quixote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida: y mas que está muy puesto en razon natural, que primero llegue el día de mi muerte, que el de la tuya: y así jamas pienso verte mudo, ni aun quando estés bebiendo, ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. Á buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tan bien come cordero, como carnero, y á nuestro Cura he oido decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los Reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder, que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerma las siestas, que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, da á

entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo á este punto Don Quixote: tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, como siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes mas á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue Vuesa Merced, señor, de sus caballerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino: y déxeme Vuesa Merced despabilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida: y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que desper-

tó los de Don Quixote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPÍTULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

Quando estaban Don Quixote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyéron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones venian acompañados del Cura y de la parentela de entrámbos, y de toda la gente mus lucida de los Lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dixo: á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que segun diviso, que las patenas que habia de traer, son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos: y montas que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adorna-

das con sortijas de azabache, no medreyo, si no son anillos de oro y muy de oro y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. **O** hideputa, y que cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos'', ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los dixes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima, que ella es una chapada moza y que puede pasar por los bancos de Flandes. Rióse Don Quixote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones: y á la sazón que llegaban al puesto, oyéron á sus espaldas

grandes voces y una que decia: esperaos un poco gente tan inconsiderada, como presurosa. Á cuyas voces y palabras todos volviéron la cabeza y viéron que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí á llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres, en las manos traia un baston grande. En llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en que habian de parar sus voces y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca estas razones dixo: bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo, y juntamente no ignoras, que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que á tu honra convenia; pero tú echando á las espaldas todas las obliga-

ciones que debes á mi buen deseo , quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven , no solo de buena fortuna , sino de bonísima ventura : y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece , sino como se la quieren dar los Cielos) yo por mis manos desharé el imposible , ó el inconveniente que puede estorbársela , quitándome á mí de por medio. Viva , viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos , y muera el pobre Basilio , cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura : y diciendo esto , asió del baston que tenia hincado en el suelo , y quedándose la mitad dél en la tierra , mostró que servía de vayna á un mediano estoque que en él se ocultaba , y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo , con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él , y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad de la acerada cuchilla , quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo , de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle , condolidos de su miseria y lastimosa desgracia , y dexando Don Quixote á Rocinante , acudió á favorecer-

le y le tomó en sus brazos y halló que aun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque , pero el Cura , que estaba presente , fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle , porque el sacársele y el espirar , seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio , con voz doliente y desmayada , dixo : si quisieses , cruel Quiteria , darme en este último y forzoso trance la mano de esposa , aun pensaria que mi temeridad tendria desculpa , pues en ella alcanzé el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual , le dixo , que atendiese á la salud del alma , ántes que á los gustos del cuerpo , y que pidiese muy de véras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. Á lo qual replicó Basilio , que en ninguna manera se confesaria , si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa , que aquel contento le adobaria la voluntad y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido , en altas voces dixo , que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon y ademas muy hacadera , y que el señor Camacho quedaria tan honrado , recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio , como si la recibiera del

lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber que hacer, ni que decir; pero las voces de los amigos de Basilio fuéron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le moviéron y aun forzáron á decir, que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos y otros con lágrimas y otros con eficaces razones la persuadian, que diese la mano al pobre Basilio, y ella mas dura que un mármol y mas sesga que una estatua, mostraba, que ni sabia ni podia ni queria responder palabra, ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes y no daba lugar á esperar inresolutas determinaciones. Entónces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó

donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como christiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencaxó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dixo: ¡ó Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo quando tu piedad ha de servir de cuchillo, que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ó fatal estrella mia, que la mano que me pides y quieres darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo; sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo, pues no es razon, que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban, que cada desmayo se habia de llevar el alma

consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad, y así con la mas libre que tengo me doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrio, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el Cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se dexede requiebros y que atienda á su alma, que á mi parecer, mas la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asiendo de las manos Basilio y Quiteria, el Cura tierno y lloroso los echó la bendicion, y pidió al Cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado, el qual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vayna su cuerpo. Que-



Alto y Nuevo Comercio de amor

Armas y Sabina la gente

dáron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzáron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado y atónito acudió con ámbas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el Cura y Camacho con todos los mas circunstantes se tuviéron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dixo, que ella le confirmaba de nuevo, de lo qual coligieron todos, que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitiéron su venganza á las manos, y desenvaynando muchas espadas, arremetiéron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvaynaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo Don

Quixote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió á las tinajas, donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. Don Quixote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardidés y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposicion de los Cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto, quando, donde, y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de pasar por la pun-

ta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian, y tan intensamente se fixó en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante, y así ruyéron lugar con él las persuasiones del Cura, que era varon prudente¹² y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo qual volviéron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al Cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado. Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegáron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante, como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sequaces, y así se fuéron á la aldea de Basilio: que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre

y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Llévóronse consigo á Don Quixote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. Á solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la quadrilla de Basilio iba: y así se dexó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía: y así acongojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.

CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la Cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quixote, obligados de las muestras que había da-

do defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discreción, teniendo por un Cid en las armas y por un Cicerón en la eloquencia. El buen Sancho se refociló tres días á costa de los novios, de los cuales se supo, que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se había visto: bien es verdad, que confesó que había dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia, advirtiendo, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas quando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza, y que todo esto decía con intención de que se dexase el señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese á grangear

hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La muger hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de quantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los páxaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quixote, opinion fué de no sé que sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola muger buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese, que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la muger con quien se quisie-

se casar. Lo primero le aconsejaria, que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible; pero téngolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho y dixo entre sí: este mi amo, quando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir, que podria yo tomar un púlpito en las manos, yirme por ese mundo adelante predicando lindezas, y yo digo dél: que quando comienza á en hilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo y andarse por esas plazas á que quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima, que solo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y dexé de meter su cucharada. Mur-

muraba esto algo Sancho , y entreoyó-
le su señor y preguntóle ¿ que murmu-
ras, Sancho? No digo nada, ni murmu-
ro de nada, respondió Sancho; solo estaba
diciendo entre mí, que quisiera haber oi-
do lo que Vuesa Merced aquí ha dicho,
ántes que me casara, que quizá dixera yo
ahora: el buey suelto bien se lame. ¿ Tan
mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Qui-
xote. No es muy mala, respondió Sancho;
pero no es muy buena, á lo ménos no es tan
buena como yo quisiera. Mal haces, San-
cho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu
muger, que en efecto es madre de tus hi-
jos. No nos debemos nada, respondió San-
cho, que tambien ella dice mal de mí quan-
do se le antoja, especialmente quando está
zelosa, que entónces súfrala el mesmo Sa-
tanás. Finalmente tres dias estuviéron con
los novios, donde fuéron regalados y ser-
vidos como cuerpos de Rey. Pidió Don
Quixote al diestro Licenciado le diese una
guía, que le encaminase á la cueva de
Montesinos, porque tenia gran deseo de
entrar en ella y ver á ojos vistas, si eran
verdaderas las maravillas que de ella se
decian por todos aquellos contornos. El Li-
cenciado le dixo, que le daria á un pri-
mo suyo famoso estudiante y muy aficio-

nado á leer libros de caballerías, el qual
con mucha voluntad le pondria á la boca
de la mesma cueva, y le enseñaria las la-
gunas de Ruidera, famosas ansimismo en
toda la Mancha y aun en toda España: y
dixole que llevaria con él gustoso entre-
tenimiento, á causa que era mozo que sa-
bia hacer libros para imprimir y para di-
rigirlos á Principes. Finalmente el pri-
mo vino con una pollina preñada, cuya
albarda cubria un gayado tapete ó arpi-
llera. Ensilló Sancho á Rocinante y ade-
rezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las
quales acompañaron las del primo asimis-
mo bien proveidas, y encomendándose á
Dios y despidiéndose de todos, se pusie-
ron en camino tomando la derrota de la fa-
mosa cueva de Montesinos. En el cami-
no preguntó Don Quixote al primo, de
que género y calidad eran sus ejercicios,
su profesion y estudios. Á lo que él res-
pondió, que su profesion era ser huma-
nista, sus ejercicios y estudios, compo-
ner libros para dar á la estampa, todos de
gran provecho y no ménos entretenimien-
to para la república: que el uno se inti-
tulaba *El de las libreas*, donde pinta se-
tecientas y tres libreas con sus colores,
motes y cifras, de donde podian sacar y

tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al zeloso, al desdenado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que peccadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar: *Metamorfóseos*, ó *Ovidio Español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quien fué la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena, quien el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapies en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora, y esto con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dexó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declarar

nos quien fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea Vuesa Merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dixo: digame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe; quien fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Si seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero digame ahora; quien fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie: yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que aho-

ra he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fué Lucifer, quando le echáron, ó arrojáron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo: y dixo Don Quixote: esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho, á alguno las has oído decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe, que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que hay algunos, que se cansan en saber y averiguar cosas, que despues de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento, ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y á la noche se albergáron en una pequeña aldea, adonde el primo dixo á Don Quixote, que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descogarse en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegase al abismo habia de ver donde paraba, y así

compráron casi cien brazas de sogas, y otro día á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apeáron el primo, Sancho y Don Quixote, al qual los dos le atáron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le faxaban y ceñian, le dixo Sancho: mire Vuesa Merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozó: sí, que á Vuesa Merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador desta, que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió Don Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entónces dixo la guia: suplico á Vuesa Merced, señor Don Quixote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas, que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos está el panderero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar) dixo Don Qui-

xote : inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta mesma sogá, con cuyo sonido se entendiera, que todavía baxaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie, y luego se hincó de rodillas y hizo una oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dixo luego : ó señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo, que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe : y en diciendo esto, se acercó á la cima, vió no ser posible descolgarse, ni hacer lugar á la entrada, sino era á fuerza de brazos, ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de

aquellas malezas, que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que diéron con Don Quixote en el suelo : y si él fuera tan agorero como católico christiano, lo tuviera á mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole sogá el primo y Sancho, le dexáron calar al fondo de la caverna espantosa : y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dixo : Dios te guie y la Peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce : Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dexas, por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quixote dando voces, que le diesen sogá y mas sogá, y ellos se la daban poco á poco, y quando las voces, que acanaladas por la

cueva salían, dexáron de oirse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de sogá. Fuéron de parecer de volver á subir á Don Quixote, pues no le podían dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del qual espacio volviéron á recoger la sogá con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quixote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha prisa por desengañarse; pero llegando á su parecer, á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente á las diez viéron distintamente á Don Quixote, á quien dió voces Sancho, diciéndole: sea Vuesa Merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta, pero no respondia palabra Don Quixote, y sacándole del todo, viéron que traia cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volviéron y revolviéron, sacudiéron y meneáron, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien, como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte,

como espantado, dixo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer, que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Ó desdichado Montesinos! ¡Ó mal ferido Durandarte! ¡Ó sin ventura Belerma! ¡Ó lloroso Guadiana y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dixese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamis? dixo Don Quixote, pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendiéron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendáron y cenáron todo junto. Levantada la arpillera, dixo Don Quixote de la Mancha: no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.